

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



POR
BUSTER KEATON

y
SALLY O' NEIL

50 cts.

EL BOXEADOR

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE
Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.

EL BOXEADOR

Interesante comedia, interpretada por
Buster Keaton y Sally O'Neil

✓

Producción Metro-Goldwyn

Exclusiva de

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220

BARCELONA

ATRACO Y AMOR

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

J. Horta, impresor - Cortes, 719.-Barcelona

para que sea valga entre vosotros el
terrible secreto de los monstruosos asesinatos que
ocurren todos los días. Pero si creyese esto que
pueda ser de utilidad a los demás que
tengan que ver con

EL BOXEADOR

Argumento de la película

Timoteo Sánchez era un chico de familia. No era un chico del arroyo, no; sino un ricachito, que no es lo mismo.

A los chicos ricos se les llama "de familia". Los humildes no deben ser, al parecer, hijos de familia, sino de don fulano y doña zutana. Es gracioso y se debe consignar el contraste entre lo que se llama un hijo de familia y lo que no es más que un hijo de vecino.

Vamos a ver: el hijo de familia es el hijo que pertenece menos a la familia, porque, por

lo general, esos hijos suelen estar muy poco con la familia, soportando a la fuerza alguna que otra reunión de mamá. Hay otros lugares para ellos más a propósito para pasar el rato como en un sueño...

Por el contrario, el hijo de cualquier vecino es más casero, es más hijo, se interesa más por la familia, trabaja desde su moedad para la familia.

Quedamos, pues, en que hijos de familia no lo son más que aquellos que se hacen dignos de ella.

Y ¿qué diremos que era Timoteito Sánchez?

Un tímido, un niño mimado por su mamá, un inútil para algo útil, un pobre muchacho sin energía, metódico, enfermo de orden... y de no hacer nada por su propia iniciativa.

¿Hemos dicho bastante?

Pero añadamos que, a pesar de todos esos defectos, era un buen chico, incapaz de molestar siquiera a una mosca.

Véanle bebiendo y fumando con suma tranquilidad, repantigado en un mullido sofá.

A su lado se halla Colibrí, su criado, su perro, por lo fiel, que está siempre atento al menor movimiento de su señor, como un enfermero vigila a un enfermo grave.

La madre de Timoteo, después de haber hablado con su esposo, se dirige al encuentro de su hijo, que sigue bebiendo y fumando tan tranquilo como cuando empezó a hacerlo, y le dice:

—Tu padre quiere ver en ti al hombre arriesgado y valeroso que no retrocede jamás ante el peligro.

Timoteo no se mueve ni por asomo, importándole un mito todo lo que no sea su comodidad, pero es necesario obedecer al padre, marcharse de casa, demostrar que es un hombre.

El padre es más fiero que toda la familia reunida. Va a hablar a Timoteo, a quien, a pesar de su indiferencia, se le ve temblar un poco, como débil árbol ante un vendaval que comienza.

—Sí, Timoteo, vete al campo y busca la

aventura. Dedícate a la caza y a la pesca, que por algo se empieza a ser aventurero.

La súplica es una orden. Y nuestro tímido



—Sí, Timoteo, vete al campo y busca la aventura.

Timoteo, a quien Colibrí cuida como a un chiquillo, se decide a partir.

Un auto, al que va unido un ténder con cocina portátil y varios muebles, para la instalación de un campamento confortable en

plena naturaleza, espera en la calle, frente a la casa, a Timoteo y su criado.

A poco parten a la conquista de aventuras, y la madre del jovencito tímido como una paloma, queda llorando frente a la puerta de la casa, pensando en lo que pueda ocurrirle a su hijito del alma.

.....

Al día siguiente, nuestro héroe se hallaba instalado en el campo.

Colibrí, de pie, como en la ciudad, desde que apuntó el sol, prepara el baño, calentando agua en la cocina que remolcó el automóvil.

Timoteo se despierta, se despereza como en su casa, y como en su lujosa mansión de la capital, se levanta, se cubre con un batín, hace algunos movimientos con los brazos y las piernas, y luego, al agua, su baño habitual.

Después, exactamente igual que en su casa, se desayuna en la cama.

La hora de comenzar las aventuras ha sonado ya. Hay que decidirse. Y Timoteo se viste de cazador, ayudado por Colibrí, no fal-



...no faltándole nada a su equipo,

tándole nada a su equipo, ni las balas para matar los animalitos que se presenten.

Si Napoleón hubiese visto a Timoteo visto de aquella suerte, seguros estamos de que se hubiese inclinado ante él para rogarle que tomase el mando de sus tropas.

¡Qué tipo el de Timoteo cazador!

—Pero qué tipo!

—¿Vamos, Colibrí?

Señor y criado, escopeta debajo del brazo, echan a andar hacia el bosque.

A poco Timoteo, cansado, se sienta en un bastón que no es bastón, sino un taburete moderno. No iba a sentarse en el suelo.

—Pues qué se creían ustedes?

De pronto, cuando más desesperaba de ver caza, distingue una nube de aves, y rápido, dispuesto a matarlas por docenas, dispara atropelladamente su fusil, pero con tan mala pata que el cañón se halla en el lugar que corresponde a la culata y la culata en el del cañón.

Consecuencia del cambio de posición del fusil: un susto tremendo para una gentil muchacha que atravesaba en aquellos momentos el bosque, ajena a la torpeza de Timoteo.

—¡Eh! ¡Otra vez afinen más la puntería!

—les grita la muchacha, que podía haber sido malherida, pues la bala le agujereó un pañolito que llevaba en la mano.

Timoteo, temblando de miedo, no sabe cómo disculparse, y recobra la tranquilidad al ver que la muchacha sigue adelante en su camino, aunque sin cesar de murmurar contra su poca pericia en el manejo del fusil.

—Menos mal — murmura — que se va. Figúrate qué responsabilidad si llego a matarla, Colibrí.

—Vaya con cuidado el señor, porque, aunque lejos estamos, pudiera darse el caso que del campo a la cárcel no hubiese más que un paso.

—No me explico cómo he podido disparar hacia atrás.

Timoteo se deja caer sobre el taburete formado por su bastón, pero como lo ha colocado en terreno blando, el palo se hunde hasta el asiento, quedando, pues, nuestro héroe, sentado en el suelo.

Y al caer, el fusil de Timoteo se dispara de nuevo, y otra vez, la muchacha que atraviesa el bosque da un salto pensando que de esta segunda tentativa de asesinato no escapa.

—¡Oh! — gime Timoteo.

Lo joven, indignada, arremete a pedradas contra él, para castigarle por esta y la vez anterior.

Ante las amenazas de la muchacha y la lluvia de piedras que ella les envía, Timoteo y Colibrí ponen pies en polvorosa, no parando el primero hasta meterse de cabeza en la tienda de campaña.

La cobardía de los dos hombres tiene la virtud de hacer sonreír a la muchacha, y gracias a ello ésta no continúa mandándoles piedras.

¡Al diablo la caza!, piensa Timoteo, y dice a Colibrí que le prepare el equipo de pesca.

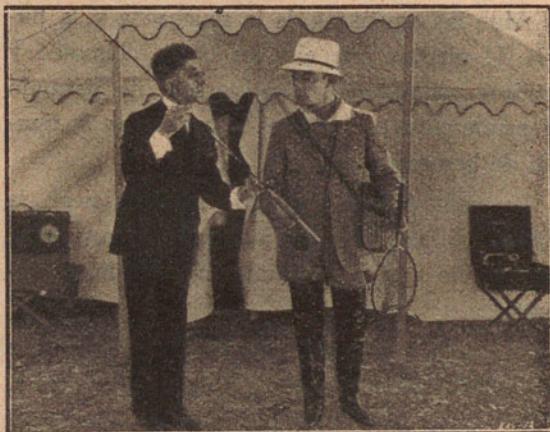
Al poco rato, Timoteo sale de su tienda convertido en un gran pescador. Es cosa segura que, con tantos elementos como se ha provisto, va a vaciar el río apenas llegue a él.

Las truchas saltan a sus pies, pero Timoteo es tan “vivo” que no las ve.

En cambio un pato no le pasa inadvertido, y a fin de matarle, se embarca en una bar-

quichuela y se adentra en el río, en persecución del travieso pímípedo.

Pero el pato parece que se ría de él, pues



...sale de su tienda convertido en un gran pescador.

cuando Timoteo dispara hacia un lado, el pato se zambulle y pasa al otro lado de la barca.

Hasta que, al inclinar demasiado su cuerpo

hacia la inasequible ave, Timoteo se cae al agua, siguiéndole la barquichuela.

El pobre muchacho va a ahogarse, pues se echa de ver qué no sabe nadar.

Pero, por fortuna, la muchacha del bosque ha visto lo ocurrido y en otra barquita se apresura a llevar auxilio a Timoteo.

—¡Pero, hombre, aquí está prohibido bañarse! — le dice al hallarse la barca al alcance de Timoteo, que se aferra a uno de sus bordes desesperadamente.

—¡Pero si no me bañaba! ¡No ha visto usted lo ocurrido? Me incliné demasiado en el bote, y...

—Yo creí que quería usted pescar con la mano...

—Al parecer, aquí no hay un pescado ni para medicina.

Sonríese la bella muchacha, y Timoteo, a través de su mal humor, también se sonríe, porque la desconocida es un primor y ya le había gustado desde el primer momento.

Timoteo, acompañado por su salvadora, has-

ta la tienda, donde Colibrí, ajeno a la desgracia, preparaba la comida colocando una margarita en cada una de las chuletas depositadas en un plato de fina porcelana, siente en su corazón el cosquilleo de la gratitud, y encantado de la belleza de la desconocida, le dice, una vez cambiado el traje de pescador por el de etiqueta, y después de las frases de reconocimiento por haberle arrancado oportunamente de las garras de la muerte:

—Señorita, tengo el alto honor de invitarla a mi mesa.

La muchacha, que durante la transformación de Timoteo había estado contemplando a Colibrí en sus funciones de cocinero, admirada del cuidado y arte con que disponía los manjares, no puede rehusar y cede el brazo al galante desconocido, al que encuentra simpático, porque es la suprema corrección, cosa muy rara en nuestros días en los hombres.

Timoteo se dirige hacia donde está colocada la mesa pero se le interponen en su camino dos hombrones de aspecto poco tranquilizador.

En cambio, la muchacha, al verles, se acer-

ca alegremente a ellos, y presentándolos a Timoteo, dice:

—Mi papá y mi hermanito.

No muy tranquilo, Timoteo saluda a los recién llegados y hace extensiva a ellos la invitación de sentarse a su mesa.

Padre e hijo rehusan, pero no se mueven del campamento, para seguir observando lo que hace la muchacha con Timoteo; y la presencia de aquéllos es desagradable para éste.

Colibrí no se da punto de reposo preparando los platos, y los dos hombrones no salen de su asombro viendo la meticulosidad con que, en plena naturaleza, el criado cuida de los alimentos de su señor.

Lo están viendo y dudan aún de que sea cierto que se pueda comer con la misma comodidad y elegancia en el campo que en el mejor restaurante de la ciudad.

Un campanillazo de Timoteo requiere a Colibrí a su presencia.

Pasmados, los dos hombres se disponen a marcharse, pero antes, no sin mirar a Timoteo con recelo, le dice a la muchacha su padre:

—A las ocho en casa.

—Sí, papá.

Al quedar a solas con la bella desconocida,



Un campanillazo de Timoteo requiere a Colibrí a su presencia.

Timoteo, mirándola cariñosamente, comenta:

—Cualquiera se atreve a darle a usted un susto.

—En efecto, mal lo pasaría el que se atreviese a burlarse de la muchacha, contando ésta con

dos defensores del calibre de su padre y su hermano.

Esperanza, que así se llamaba la muchacha, sonríe, y nuestro Timoteo, subyugado por la simpatía de ella, se enamora más y más, no sabiendo lo que le pasa. Para él es cosa nueva el amor, y para Esperanza también. Por eso en sus miradas hay una ternura inefable...

La comida se desliza como sobre un lecho de rosas, y a medida que pasan las horas, Esperanza y Timoteo, animados en interesante conversación, se acercan inconscientemente uno a otro, acodados a la mesa, y las cuatro patas de ésta se van hundiendo en el suelo hasta quedar completamente a ras del mismo y sin que los enamorados hayan cambiado su posición, pues al fin y al cabo no están incómodos tendidos, cada cual por su lado, en tierra y apoyados sus codos en la mesa.

Pero dan las ocho, y es necesario que Esperanza regrese a su casa, conforme a lo convenido con su padre.

Timoteo la acompaña hasta la puerta de su

casita. Se detienen en ella y hablan. Al parecer, tienen muchas cosas que decirse.

De pronto interrumpe la plática la llegada del padre y el hermano de Esperanza, quienes pasan entre ellos sin detenerse siquiera a decir algo a la muchacha.

Es innegable que los dos hombres no ven con buenos ojos que Esperanza se trate con un señorito tan bien vestido como de apariencia ridícula.

Timoteo se separa entonces de Esperanza, pero vacila en seguir adelante en la negrura de la noche.

Esperanza, por cariño o por compasión, se reúne de nuevo con Timoteo y lo conduce hasta cerca de la tienda de campaña, marchándose luego sola hacia su casa, al ver que Colibrí sale al encuentro de su señor.

Decididamente, Timoteo era un caso.



A la mañana siguiente, Colibrí, después de preparar el baño para su señor, entrégase un momento a la lectura del periódico, que ha ido a buscar a la población.

—¡Eh! ¿Qué significa esto? — exclama de pronto.

¿Qué ocurre?

Véase lo que Colibrí acaba de leer en “La Voz de la Montaña”:

EL COMBATE DEL JUEVES

Los sócrates del pugilismo creen que Toribio Mara, “La Apisonadora”, se comerá vivo a Timoteo Sánchez, “Ciclón”, en el combate del jueves.

El empresario, señor Codinez, está siendo muy criticado por haber concertado un match tan desigual.

A pesar de todo hay gran expectación para el combate.

SANCHEZ NO SE ARREDRA

Timoteo Sánchez, en una intervíu celebrada con nuestro redactor especial, confía en el triunfo.

El público está de parte de Toribio.

Nosotros, no queriendo sentar plaza de profeta, nos limitamos a transmitir las cualidades de ambos contendientes.

Sánchez es ligero de pies y tiene picardía, pero es lento de manos.

El campeón, en cambio, es rápido, certero y deja huellas donde pone su mano enguantada.

Colibrí, extrañado de la coincidencia de los nombres de su señor con los del boxeador, se apresura a ir a contárselo a Timoteo.

—Señor, hay un boxeador que ha tomado su nombre.

—A ver...

Enterado de la señalada coincidencia, Timoteo, muy digno, responde a Colibrí:

—Encárgate de que ese obrero del puñetazo no vuelva a disponer de mi inmaculado nombre.

—En seguida, señor. ¡Pues no faltaba más! Me iré cuando el señor esté vestido.

Timoteo echa sales a su baño caliente, y se sumerge en él; pero sale antes que de costumbre.

Está preocupado.

Es el amor.

Apenas vestido, entrégase a la lectura de un libro en cuya portada se lee lo siguiente:

EL ARTE DE ENAMORAR

por

Beatrix Hermosa

Le interesa saber pronto cómo se enamora a alguien, pues él desea enamorar a Esperanza.

Hombre previsor, se decide a pedir la mano de ella y prepararse para cuando la vea a solas.

Llama a Colibrí.

—¿Qué me manda el señor?

—Colibrí, quiero casarme con Esperancita, aquella campesina tan encantadora que comió conmigo ayer. Presentate a su padre y su hermano con esta tarjeta mía. ¿Comprendido?

—El señor se casará con ella — responde sin titubeo el criado.

Y en seguida se pone en camino de la casita donde mora la dueña de los pensamientos de Timoteo.

Al llegar se preparan a recibirla hostilmente los dos hombrones que intimidaron a Timoteo.

Pero Esperanza se adelanta a sus familiares, muy cariñosa para con Colibrí, pues éste le ha hecho signo de querer entregarle algo.

—¿Qué sucede? — pregunta la gentil muchacha al fiel doméstico.

—Mi señor, don Timoteo Sánchez, desearía desposarse con usted. He aquí su tarjeta de presentación.

Esperanza iba a saltar de alegría, pero al ver a su padre mirarla con severidad, se retracta, mas no desiste de su afán de ir al encuentro del hombre que dice que la ama.

El padre no repara en que Esperancita está esperando el momento oportuno para ir a reunirse con su adorador, y se encarga de contestar a Colibrí, a propósito de los deseos de Timoteo de casarse con su hija:

—Dile a tu señorito que es demasiado lechugino para emparentar con nosotros.

Y el hermano añade por su cuenta:

—No queremos ningún enclenque en la familia.

La ofensa inferida a su señor hiere en el alma a Colibrí, quien deseando vengarse y proteger la felicidad de aquél, se acoge a una idea cazada al vuelo y responde teatralmente:

—¿Enclenque, han dicho ustedes? Pues ha-

gan el favor de leer esto y se convencerán de quién es mi señor.

Los dos hombrones y la muchacha se entran de lo que dice "La Voz de la Montaña" respecto de Timoteo Sánchez, "Ciclón", y como los nombres del hombre tímido y del hombre fuerte son iguales, confunden a aquél con éste, y de los labios de los hombrones se escapa, mientras Esperanza vuela hacia el campamento del amado, una exclamación de alegría:

—¡Caramba! ¿Por qué no nos lo dijo usted antes?

—Mi señor es muy modesto.

—Pero, ¿por qué está aquí y no en su casa con su *manager*?

—Mi señor prefiere entrenarse en el campo, conmigo. El aire puro le da fuerzas.

—Pues, en tal caso, no tenemos inconveniente en que se case con Esperancita.

En aquel momento Timoteo recibía la visita de Esperanza, cuando más atareado estaba reteniendo en su memoria las preguntas que

el libro aconseja se dirijan a la que se quiere por novia, para enamorarla.

He aquí algunos ejemplos de preguntas y respuestas que da el libro:

El—: *¿Me amarás algún día?*

Ella—: *Soy muy ambiciosa.*

El—: *Estoy loco por ti.*

Ella—: *Me gusta mucho tener auto*

El—: *Tu amor significa todo para mí.*

Ella—: *Los brillantes no están de moda, las perlas sí.*

Y así por el estilo.

Como se ve, son muy interesantes las contestaciones de "ella".

Las preguntas de "él", Timoteo se las había apuntado en un papel, para ir leyéndolas a medida que iría declarándose a Esperancita.

—Buenos días, señor... Acabo de ver a su criado... — dice ella, al presentarse.

—¡Ah! ¿Ha... ha visto usted a... a... Colibrí? Y... y... ¿qué... qué le ha dicho Co... Co... librí?

—¿Usted no sabe...?

—Sí... sí... cla... cla... ro... Yo...

La cabeza de Timoteo se vuelve hacia el papel que descansa en el asiento inmediato al suyo, y resueltamente principia el interrogatorio amoroso:

—¿Me amarás algún día?

La respuesta que Timoteo espera es la de que a ella le gusta mucho todo lo bueno; pero se lleva chasco, porque Esperancita contesta, emocionada:

—Sí... sí...

Y se abandona a las castas caricias de él, que se cree transportado al paraíso.

El libro se ha equivocado por esta vez, y gozoso, Timoteo rompe el papel en que apuntara las preguntas y las respuestas.

Muy unidos, los dos novios hablan de sí mismos, construyendo castillos, como todos los novios.

De súbito Esperancita le pregunta:

—¿Cuándo volverás a boxear?

—Eh? ¿Qué está diciendo Esperancita?

Timoteo no sabe qué contestar. ¿Le ha to-

mado por el otro Timoteo Sánchez, y se ha enamorado de él porque es boxeador nada más?

¡Qué complicación! Pero el amor sabe salir airoso de contratiempos, sobre todo si le ayuda un tercero. Y ese tercero fué, para Timoteo, Colibrí, que, al oír la pregunta de Esperanza, apenas llegado al campamento, seguido a escasa distancia por los familiares de ella, hace señas a su señor para que comprenda que ha contado a todos que él era Timoteo Sánchez, "Ciclón".

No hay más remedio que fingir, porque el amor lo exige, y a fin de decidirle totalmente a usurpar la personalidad del boxeador, Colibrí interrumpe la plática de los enamorados, para decirle a Timoteo:

—Señor, tenéis que tomar el reforzante

Esto permite a Timoteo el separarse de Esperancita para seguir a Colibrí, y a solas señor y criado hablan.

—¿Qué has hecho, Colibrí? Yo no soy boxeador ni lo seré nunca.

—Un enamorado no retrocede ante nada.

No tema. El campeón, según dicen, ganará a "Ciclón" y nadie se dará cuenta del engaño.

Los familiares de Esperancita llegan y tienden sus manazas a Timoteo, encantados de considerarle ya como pariente.

—Venga esa mano, futuro campeón.

No le queda otro recurso a Timoteo que fingir, y aparenta estar contento.

—Pero, ¿no pelea usted mañana? — añade el padre de la novia— ...Salga, pues, a cien kilómetros por hora, o perderá el tren.

Interpretando a maravilla su papel, Timoteo dice a su criado:

—Iba a partir cuando los señores llegaron, ¿verdad, Colibrí? Prepara el equipaje y saldremos en seguida.

Ganas tenía Timoteo de hallarse lejos de los dos hombrones, porque cada uno acaba de darle un golpe brutal en la espalda.

La despedida entre los novios resulta conmovedora. Esperancita hace votos por que su amado triunfe, y Timoteo le contesta:

—Yo te juro que cada vez que piense en tí recibirá un puñetazo el adversario.

Los familiares de la novia no caben en sí de gozo, y están seguros de que Timoteo volverá cubierto de gloria.

El menos entusiasmado es Timoteo, claro está, y Colibrí no sabe cómo acabará la aventura en que se ha visto obligado a meter a su señor para dejarle en buen lugar ante los dos hombrones que no querían en su familia un tipo enclenque.

Al día siguiente, Timoteo y Colibrí se hallaban sentados en una de las localidades preferentes del estadio donde se celebraba el combate de Timoteo Sánchez, "Ciclón", con "La Apisonadora".

Como se supone, el Timoteo Sánchez tímidamente espera impaciente el resultado del encuentro. Preferiría, como aseguró Colibrí, que el "Ciclón" perdiése, para poder volver a la montaña y ver si Esperancita sólo le quería porque era un gran boxeador y lo despreciaba a causa de su supuesta derrota.

Timoteo Sánchez, "Ciclón", es un boxeador que sabe donde tiene ambas manos, aunque a veces el público no las vea, porque su dueño las esconde rápidamente en el cuerpo del adversario.

"La Apisonadora" es un tío de pronóstico, pero "Ciclón" demuestra, tras reñido combate, que sabe más, y vence netamente a su enemigo.

El público aclama locamente al campeón, y éste va a retirarse del *ring*, cuando se presenta al empresario un nuevo adversario empeñado en disputar el título al vencedor.

Ese nuevo enemigo es "El Pantera", otro tío de peligro.

Consultado, "El Ciclón" acepta el reto, y se señala el combate para unos pocos días después.

Entonces las aclamaciones del público son atronadoras. Se oyen perfectamente de un Polo a otro.

Nuestros amigos tienen motivos para morderse los puños de rabia. Pero Timoteo dice a Colibrí, fríamente:

—¡Los hay con suerte!... ¡Estás sentado junto a un campeón!

A lo que Colibrí responde, apesadado, porque conoce la idea de su señor:

—Lo cual significa que el señor no puede volver a la montaña, ya que no le es posible probar el amor de la señorita Esperanza puesto que su tocayo "Ciclón" ha vencido y ella va a creer que el vencedor es usted.

—Ese será tu parecer, Colibrí, pero yo no quiero pasar por un estafador del boxeo. Contaré la verdad... Prefiero perderla con la conciencia limpia.

—Como usted disponga, señor. Y ya veremos lo que pasa, pero me temo que esos parentes de la señorita Esperanza no le "agradezcan" a usted su sinceridad...

—A pesar de todo, seré noble.

Tomaron nuevamente el tren, y al día siguiente llegaban al pueblecito situado al pie de las montañas donde habían acampado.

Por casualidad en el mismo tren viajaban el verdadero Timoteo Sánchez, algún amigo y su entrenador. Estos se hallaban en la plata-

forma del último vagón, contemplando el paisaje.

Al detenerse el tren en la estación del pueblecito, un grito lanzado por varias personas llama la atención de "Ciclón".

—Qué significaban aquellos vítores?

—¡Viva nuestro campeón! — repiten las voces.

"El Ciclón" se decide a asomarse para saludar a sus admiradores, y se sorprende al ver que los que daban aquellos gritos rodean a dos viajeros que acaban de apearse del tren, y que son Timoteo el tímido y Colibrí.

El tren prosigue la marcha, lamentándolo "El Ciclón", pues no tiene tiempo de enterarse de qué es campeón aquel viajero con cara de cura.

—Qué raro es esto — dice "El Ciclón" al amigo que está a su lado en la plataforma del tren.

—En efecto... Yo también creí que esos vítores iban dirigidos a ti.

Entretanto, los parientes de Esperancita, colocándose uno a cada lado de Timoteo, lo

presentaban a los que habían acudido a recibirlle.

—¡Este es el gran Timoteo Sánchez!



—¡Este es el gran Timoteo Sánchez!

Ya quería hablar Timoteo, ya... pero no se atreve.

A un gesto del padre de Esperancita, la música de la localidad ataca un pasodoble muy airoso, y pónese en marcha la comitiva, yendo Timoteo y sus futuros parientes a la cabe-

za, formando los tres algo así como unas vi-
nagreras.

Colibrí no las tiene todas consigo y mira
de un lado para otro temeroso de que se pre-



*...formando los tres algo así como unas vi-
nagreras.*

sente el verdadero campeón y haga papilla
al usurpador y a su criado...

Esperancita no figura en la comitiva. ¿Por
qué razón?

¡Ah! Esperancita reserva una gran sorpre-
sa a su amado.

¿Saben ustedes dónde está?

En su casita, vestida de novia, lista para



*...consiente en que lo unan a ella legal-
mente...*

casarse cuando se presente el novio vencedor.

Pero...

Sí. No se extrañen. Esta sorpresa es el

premio que sus familiares y ella han decidido dar al campeón.

Timoteo está lejos de suponer tal cosa, y, naturalmente, cuando se entera de que lo van a casar, ya es demasiado tarde, porque es tan tímido que no se atreve a rechazar a su amada en momento tan trascendental.

De modo que consiente en que lo unan a ella legalmente, sin que tenga tiempo de sincerarse.

La cosa, en lugar de arreglarse, se enredaba más y más, y Colibrí cabe cada vez menos en su pellejo, que ya es muy reducido.

Uno de los invitados a la ceremonia se acerca de pronto al padre de la novia y le enseña un periódico en el que hay un artículo que se refiere a Timoteo Sánchez, "Ciclón".

El padre lo lee y exclama:

—¡Oh! No hay tiempo que perder.

—¿Qué sucede? — se preguntan unos a otros.

Con voz clara y potente el padre de la novia lee a todos lo siguiente:

TIMOTEO SANCHEZ CONTRA

"EL PANTERA"

El nuevo campeón defenderá su título el día de Todos los Santos, empezando su entrenamiento mañana, en la finca de Agua Caliente...

Timoteo no se inmuta y Colibrí le imita, para no venderse ni uno ni otro con un gesto de asombro. Es más, Timoteo sonríe...

La esposa está contentísima y se come con los ojos al triunfador.

El padre se acerca a Timoteo y le dice, felicitándole efusivamente:

—Querido yerno, tiene usted que marcharse inmediatamente.

Como la otra vez, Timoteo se vuelve a Colibrí y le ordena:

—Prepara el equipaje. Vamos a salir en seguida.

Y, como la otra vez, desea hallarse muy lejos de sus parientes, mientras no sepa cómo solucionar el conflicto en que se halla metido.

Esperancita, al oír la orden que su marido da al criado, dice, a su vez:

—Voy corriendo a preparar el mío.

—¡No! ¡Eso no!

Timoteo sigue a su mujercita, y venciendo sus vacilaciones le dice:

—Lo siento mucho, pero no puedes acompañarme.

—¡Oh! ¿Por qué? ¡Tanto como me gustaría verte luchar y vencer a todos!

—No puede ser. Quiero que sólo me conozcas con la capa pacífica del hogar. Tus ojos no deben jamás ver a la fiera brutal y sanguinaria que surge en mí al empezar los combates.

—A pesar de todo, yo quisiera ir contigo... Yo debo seguir en todo momento a mi marido... No lo olvides tan pronto, Timoteo...

—No hablemos más de eso, te lo suplico. No puedo llevarte connigo, y es inútil que insistas. Prométeme que no intentarás acercarte al campo de entrenamiento y mucho menos a las salas de espectáculos plataforma de mis triunfos.

Al fin Esperancita se deja convencer, pero queda muy triste. ¡No hay derecho! ¡No, no hay derecho que el esposo abandone el hogar apenas casado!



—...Yo debo seguir en todo momento a mi marido...

Los familiares de Esperancita no defienden los derechos de ella como tales, sino que, entregados por completo al deporte del puñeta-

zo, animan a Timoteo para que no siga ni un minuto más en la casa, pues debe entrenarse mucho para tener la seguridad de confirmarse en el título de campeón recientemente conseguido.

Y otra vez Timoteo y Colibrí parten.

—¿Hacia dónde? — pregunta el señor al criado.

—Lo mejor será ir al campo de entrenamiento del verdadero Sánchez. Sigamos la farsa.

—Pues vamos allá.

Y emprenden el viaje por carretera.

**

“El Ciclón” se hospeda en la finca de Agua Caliente, con su esposa.

A dicha finca se dirigen también Timoteo y Colibrí.

La esposa de “Ciclón” es una mujercita muy agraciada y coqueta.

Casualmente el auto de Timoteo se detiene ante ella, en la carretera, junto a la finca.

Estaba detenida allí y tratando de arreglarse el tacón de un zapato.

Colibrí se ha apeado para ver si es posible seguir adelante sin peligro de chocar con algún auto en la pronunciada curva en que se halla el coche, pues para ellos todas las medidas de precaución son pocas.

Colibrí hace un gesto y la esposa de “Ciclón”, interpretando que se la invita a subir al coche, para conducirla a la finca, sube distraídamente, creyendo acaso que es un admirador de su esposo el que la invita, y no se da cuenta de la presencia de Timoteo al otro lado del asiento hasta que Colibrí reanuda la marcha.

—¡Ah!

—No tema, señorita... Bienvenida sea usted...

La esposa de “Ciclón”, coqueta como era, no descubre a Timoteo que es casada, y si bien al principio ella se mostraba poco amable, poco a poco simpatizan, y al apearse am-

bos junto a la finca, ocurre que "Ciclón" ve a su mujer departiendo amigablemente con el desconocido, y, celoso como un tigre, le sigue a la administración del hotel, para enterarse de quién es.

¡Figúrense su sorpresa al saber que el recién llegado se llama también Timoteo Sánchez!

No le perderá de vista...

Gracias a la simpatía que ha nacido entre la esposa de "Ciclón" y Timoteo, el tímido, éste puede asistir al entrenamiento, en un barracón, de aquél, pero nunca lo hiciera, porque el campeón, al verle hablar con su mujer, resopla de celos...

Timoteo ignoraba que la coqueta era la esposa del boxeador, y se hace cada vez más antipático al auténtico Timoteo boxeador.

La situación empeora sin que el tímido Timoteo se dé exacta cuenta de ello, y es fatal que en cualquier momento "Ciclón" descargue, cegado por los celos, sus manos enguantadas en el estómago de su supuesto rival.

"Ciclón", colérico, espía, desde el ring, mien-

tras se entrena con varios aficionados y profesionales que forman su escolta, todos los gestos de Timoteo, acechando el momento de verle tocar, por muy ligeramente que sea, a su mujer, para propinarle, con motivo indiscutible, una soberana paliza; pero como Timoteo es correcto, la ocasión de desahogo del boxeador no se presenta, y para calmarse, "Ciclón" propone correr un poco por la carretera.

Timoteo se dispone a salir de la barraca destinada a entrenamiento de "Ciclón", cuando los corredores van a empezar la carrera, pero al hallarse cerca de la puerta ve con espanto a Esperancita, que, contrariando su voluntad, va a reunirse con él.

Sin detenerse a reflexionar, Timoteo retrocede y se cuela en un cuartito, y como encuentra todo lo necesario en un armario, se viste de corredor y sigue a los demás, sin llamar la atención.

El caso es que Esperancita le vea correr, para que no sospeche que él no es boxeador ni cosa parecida.

Pero apenas da la vuelta a la finca, se de-

tiene y se sienta, mareado, al pie de uno de los lados de la misma, donde se le reúne Colibrí, quien, no menos asustado que su señor, ha visto también a la señora.

—Una desgracia, señor: ¡la señora está aquí!

Los corredores vuelven, y Timoteo se suma de nuevo a ellos, a fin de salir, corriendo, al paso de Esperancita, para seguir el engaño, sin cansarse, y llevarla a un rincón solitario donde nadie le vea conversar con ella.

Así lo hace, y de buenas a primeras le dice, temiendo que de un momento a otro se descubra la farsa:

—Estoy contentísimo de tu llegada, pero toma el tren y espera mi victoria en casa.

Ella se enfada, le rodea con sus bracitos el cuello y le implora piedad:

—No puedo irme. El deber me retiene a tu lado. Yo te ayudaré a entrenarte.

—No es posible. En fin, espera aquí unos instantes, sin moverte. Voy a quitarme este jersey.

Y Timoteo entra en el barracón y en el

cuartito de antes se quita las ropas de corredor que se pusiera, ante la estupefacción del entrenador de "Ciclón", que no le conoce y que no vuelve de su asombro al ver transformarse de corredor en gran señor, con sombrero de copa y levita, muy serio, a aquel desconocido.

¡Caramba! No habría visto nunca a nadie acudir a un gimnasio con traje de etiqueta.

Poco después, Timoteo y Esperancita llegaban a la habitación del hotel.

Esperancita se arregla un poco ante el espejo, en tanto que Timoteo, requerido, sin que le haya visto su mujer, por la esposa de "Ciclón", entra en la habitación de ésta.

—¿Quiere usted arreglarme este conmutador? No apaga — le dice la coqueta.

—Con mucho gusto, señorita.

Y Timoteo se pone a la obra inmediatamente, y se apaga como por encanto la luz.

"Ciclón", que ha visto entrar, en el cuarto que el ocupa con su esposa, a Timoteo, se deja dominar por los celos y hace impetuo-

samente irrupción en el dormitorio, dispuesto a todo.

Timoteo, al abrirse brutalmente la puerta, se cae, y toma las de Villadiego ante la agresividad de "Ciclón" y mientras éste exige explicaciones claras a su esposa.

La coqueta inocente se esfuerza por convencer a su marido de la caballerosidad de Timoteo, pero un hombre no puede creer, sobre todo cuando es celoso, que haya un semejante capaz de ser "caballero" delante de "algo bueno" con faldas.

Timoteo regresa a su cuarto, y como en aquel momento se oye como una detonación de arma de fuego, que no es más que el ruido que hace una bombilla eléctrica al chocar contra el suelo, nuestro héroe, más muerto que vivo, cae en los brazos de su mujercita... y ella aprovecha la ocasión para gozar un poco de sus derechos de casadita. ¡Vaya que sí!

Por la tarde, Timoteo estaba más malhumorado que nunca.

Esperancita no ha querido marcharse, y se

halla sentada en el jardín de la finca frente a la esposa de "Ciclón".

De pronto un empleado del hotel deposita un preciosa caja de bombones sobre la mesa que separa a las dos mujeres, y dice:

—Obsequio del señor Sánchez.

A una, la coqueta y Esperancita levantan la vista hacia la caja en cuestión, se miran una a otra y parecen decirse:

—Obsequio de mi marido.

La coqueta tiene un ojo amoratado, prueba irrefutable de que el boxeador, un poco antes, se había ensayado con ella, presa de celos.

La caja de bombones es, seguramente, obsequio de "Ciclón" a su mujer, para darle algo dulce después del doloroso cardenal y reconciliarse... hasta la próxima disputa.

Y como la coqueta está convencida de que la caja es suya y de que allí no hay otro señor Sánchez que su marido, se apodera de ella, pero no deja de ofrecer algún bombón a su vecina.

Esperancita, que también tiene su genieci-

to y su poco de orgullo, como cualquiera, no ve con buenos ojos que la coqueta se apodere de la caja que ella cree, a su vez, que le pertenece por ser ella la esposa del señor Sánchez; y ocurre que las dos mujeres riñen por la posesión de dicha caja.

—¡Yo soy la señora Sánchez! — grita la coqueta.

—¡Falso! ¡Falso! — protesta Esperancita.

Timoteo aparece en aquel momento, y antes de que, ante aquella catástrofe, pueda desaparecer, Esperancita le obliga a decir que ella es su esposa y que la otra no es conocida suya siquiera.

“Ciclón” llega también en aquel momento, y Colibrí no vacila, mientras Timoteo niega que la coqueta sea también su esposa, en llamar a lo que tenga de buen corazón el boxeador.

—Señor Sánchez, mi señor se llama como usted. Está interpretando una farsa por amor, y le suplico le ayude a salvar su felicidad. Impida a su esposa que hable, porque si la

de mi señor adivina la verdad, pide el divorcio. Sea usted amable sacándole del apuro.

El boxeador toma la cosa en broma, y no



—No olvide que el día de Todos los Santos tiene un compromiso.

...
puede negarse a complacer a Colibrí, que ha sabido pedirle con tan buenas formas el favor de salvar a Timoteo, el tímido que finge ser campeón de boxeo. ¡Qué gracioso! —

Y dice resueltamente el verdadero Sánchez boxeador a su esposa, pero dirigiéndose a todos en general:

—Estoy enterado de que no somos los únicos Sánchez que estamos aquí. Este es el campeón de peso ligero, Timoteo Sánchez y su esposa.

Y señala al tímido y a Esperancita.

La coqueta quiere hablar, pero "Ciclón" se lo impide; y luego, disponiéndose a marcharse, el boxeador, acercándose más a Timoteo, le dice, mientras Esperancita sonríe:

—No olvide usted que el día de Todos los Santos tiene un compromiso...

—Ya... ya... — responde Timoteo, que ha comprendido que "Ciclón" le ayuda a salir del apuro en aquel momento.

—...Y que el adversario es "El Pantera"...

—Ya lo sé. Y cóñstele que yo no me achico ante un animal por más salvaje que sea.

Pero el entrenador al oír expresarse de ese modo a "Ciclón", le pide explicaciones, apartados del falso boxeador.

—Es una broma, ¿verdad?

—¿Una broma? ¡Nada de broma! ¿No quiere ser el campeón? Pues que pelee con "El Pantera". Yo le aseguro que no volverá a dárselas de conquistador.



...se apoderan del tímido y lo examinan a su antojo.

—Pero...

—Conmigo no cuente para nada. Haga usted lo que pueda para ponerlo en condiciones de pelear.

Es inútil que el entrenador y el amigo de confianza de "Ciclón" traten de devolver a la razón al campeón. ¡Este se obstina en que



Timoteo adopta una actitud magnífica...

sea Timoteo el que luche con "El Pantera". Obligados a entrenar rápidamente a Timoteo, el entrenador y el amigo de confianza de "Ciclón" se apoderan del tímido y lo examinan a su antojo, casi, casi como si fuese una caballería.

—Perdonen, señores, pero yo... yo no soy boxeador. De modo que...

—Ha de serlo. "Ciclón" renuncia al combate en favor de usted, porque usted ha de vencer al "Pantera".

—Pero si no...

—El boxeador no nace, se hace; todo es cuestión de saber dar y recibir.

El primer ensayo se efectúa en seguida, sin que asista a él Esperancita, a quien Colibrí ha cuidado de dejar en su habitación.

Vestido de boxeador, Timoteo resulta un modelo de elegancia. Es un boxeador "chic".

Uno de los mejores boxeadores que el entrenador lleva consigo se encarga de luchar en primer lugar con Timoteo. Luego lo harán otros, pues un campeón es incansable y hay que pegarle duro para enardecerle.

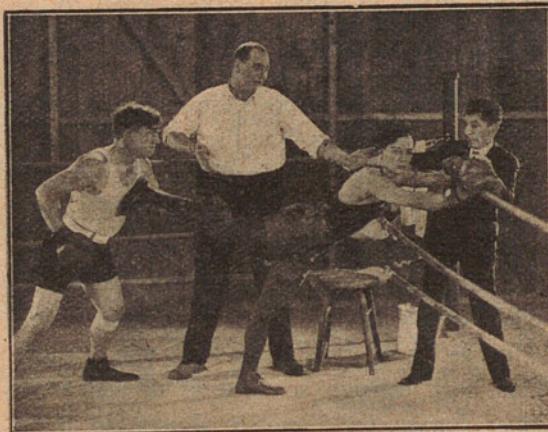
Timoteo adopta una actitud magnífica y el boxeador se prepara a darle una paliza.

De pronto los golpes se suceden para Timoteo, y éste protesta:

—¡Caracoles! Me hace usted daño. Haga el favor de no pegar así. Ni que fuera de hierro.

—Vamos, hombre. En la guerra como en la guerra.

Reanúdase la pelea, y con todo se defiende



...y con todo se defiende Timoteo menos con las manos.

Timoteo menos con las manos, botando en las cuerdas como una pelota.

Colibrí le dice, aprovechando un momento:

—Señor, ¿no cree usted que la huída sería una solución?

—No, Colibrí, antes que ella sepa la verdad prefiero dejarme despedazar por esa *pantera*.

La voz del entrenador interrumpe la plática.

Timoteo adopta actitudes a cual más ridícula, y no puede evitar golpe tras golpe de su adversario, que aprovecha la distracción del "campeón" escuchando los consejos que le dirige el entrenador para cubrirse y pegar a tiempo, consejos que interpreta al revés...

Loco de dolor, Timoteo corre por el *ring*, como pidiendo socorro a las cuatro partes del mundo, y viendo que el boxeador le persigue, se echa, de un salto, en los brazos del entrenador, como un bebé, para que no consienta que se le pegue más.

Durante un corto descanso, Colibrí, que adelgaza por momentos, acaricia a su señor, y si antes sentía por él mucho cariño, a éste se añade ahora una gran admiración, pues ve en él un segundo Romeo.

El entrenador se calza los guantes, para boxear con Timoteo a fin de enseñarle algunos

golpes, y al verle, nuestro héroe tiembla como hoja en el árbol en otoño.

Pretende huir, porque el entrenador es un coloso, pero ve aparecer en el barracón a Esperancita; y para no descubrir la farsa, empieza a hacer extravagancias, pegando, como un demente, a diestro y siniestro, y poniendo a raya, por sorpresa más que por precaución, al entrenador.

Luego, como satisfecho de su entrenamiento, se quita los guantes y se dirige tranquilamente hacia "su" cuartito para vestirse de calle.

Así, Esperancita sigue creyendo que su marido es el gran campeón.

Timoteo cuidaba su estómago como la cosa más delicada de su persona, pero los masajes, a lo bruto, se lo van a estropear.

Los días van pasando, y después de tres semanas de entrenamiento en las que Timo-

teo ha sufrido, ayunado, sangrado... y adelgazado, llega, al fin, la tormenta: el día del combate de "Ciclón" contra "El Pantera".

Timoteo se presenta, vestido de etiqueta;



—Ya estoy aquí.

ante el entrenador, dispuesto para el gran encuentro y llevando en la mano una herramienta, para que le dé suerte.

—Ya estoy aquí.

Colibrí llega a poco y le dice:

—Pude convencer a la señora de que quédase en el hotel. Así no presenciará la tragedia.

Pero Esperancita ha burlado a Colibrí, y al verla, Timoteo dice a su criado, guiñándole un ojo para que comprenda que lo que él desea es que su mujer no vaya a la sala:

—En tus manos la dejo, Colibrí. Procura sentarla en el mejor asiento.

—¡Mucha suerte, Timoteo! — exclama ella, abrazándole. Y añade: Mi padre y mi hermano me escriben que han apostado todo su dinero por ti.

—¿Por mí? — dice, disgustado, Timoteo.

—Sí, porque están seguros de tu victoria.

Colibrí se lleva a Esperancita... y la encierra en un cuartito, para que no presencie la derrota de su marido.

Quedan solos Timoteo y el entrenador.

Vestido ya de boxeador, Timoteo espera que le toque el turno de aparición en el *ring*.

Se oyen los apasionados comentarios del público durante los encuentros preliminares.

De pronto llega hasta Timoteo un griterío ensordecedor.

—¿Qué pasa? — pregunta al entrenador.

—Nada... Que Yatch ha dejado para el arrastre a Perhaps. Ahora verá usted a éste en una camilla.

—¡Mi madre!

Colibrí, hombre previsor, ha avisado a la ambulancia sanitaria de una buena clínica, para transportar a Timoteo cuando “El Pantera” se haya cansado de darle golpes “cariñosos”.

Timoteo ya lo sabe, y sólo le faltaba ver por sus propios ojos a Perhaps en una camilla, para confirmarse en su temor de que a él lo iban a sacar peor que a aquél, pues no tiene ni la mitad de sus biceps.

—Lo iban a matar?

—¡Qué horror!

El miedo le dicta una idea, y apartando de la camilla a Perhaps, se coloca él en ella, pero no le vale la artimaña.

Pasa el tiempo y Timoteo sigue esperando. De súbito se oye otro griterío, pero éste

mucho más formidable que antes, y Timoteo pregunta de nuevo:

—¿Qué pasa? ¿Otro herido? ¿Acaso muerto?

—¡Viva Sánchez!! — grita el público.

—¿Me llaman? — dice Timoteo.

—¡Bravo!! ¡Bravo!! — exclama el entrenador.

—Pero ¿qué pasa?

—Pues no lo adivina? Timoteo Sánchez acaba de triunfar. ¡Vaya una pelea!

—Pero...

—Supongo que no creerá usted que “Ciclón” iba a dejarse perder el campeonato por una venganza.

—¡Ah! ¿De modo que yo no he de luchar?

—Pero ¿está usted loco, amigo? ¡Usted, luchar!... Si no resiste usted ni la brisa más tenua...

—Bueno. Yo, encantado, ¿sabe?

“Ciclón”, rodeado de admiradores, se acerca al cuarto en cuya puerta se halla Timoteo esperándole para felicitarle y agradecerle el haberle salvado, olvidándose de los malos ratos durante el entrenamiento.

Pero “Ciclón” tiene una cuenta que liquidar con Timoteo y obliga a éste a entrar con él, solos, en el cuartito, para hablar.

—Hace tres semanas que le vengo salvando, señor conquistador... y ahora, defiéndase o le doy una paliza como a un chiquillo.

—¿Por qué? Yo le aseguro que no he pretendido conquistar a nadie, excepto a mi esposa.

—Sí, ¿eh? Y a la mía, ¿no? ¡Defiéndase, he dicho!

—¡Vaya, que no quiero! Esto es una injusticia.

—Pues va usted a saber lo que es bueno.

Al rumor de los golpes propinados por “Ciclón” a Timoteo se asomaron al exterior del cuartito el entrenador, Colibrí, Esperancita y dos amigos de “Ciclón”.

Enardecido por los golpes, y reaccionando de milagro al ver a Esperancita, Timoteo se apresta a la defensa.

—¡Basta ya! ¡A mí no se me insulta ni se me toca ni un pelo!

Y pega duro, tan duro que "Ciclón" se intimida.

Todos abren unos ojos como manzanas vien-



...y si no lo sujetan el entrenador y uno de los amigos de "Ciclón"...

do cómo pega Timoteo, y el asombro de los hombres no es para descrito cuando ven caer en tierra, vencido netamente, a "Ciclón".

Timoteo no está todavía satisfecho, y si no

lo sujetan el entrenador y uno de los amigos de "Ciclón", no deja de éste ni el rastro.

El milagro es del amor.

Quedan solos Esperancita y Timoteo.

Este, apenado, no osa hablar.

—¿Qué sucede, Timoteo? ¿Tienes algo que contarme? Dímelo... Soy tu esposa.

—Sí, Esperancita... Yo te he engañado... El auténtico Timoteo Sánchez, "Ciclón", era ese. He mentido por tu cariño. Ni siquiera soy boxeador.

—¡Oh! ¡Si no es más que eso, amor mío, cantemos victoria! Después de lo que he visto, me alegra de que no lo seas.

Y se abrazan con toda su alma.

F I N

PRÓXIMO NÚMERO:

EL ESTUDIANTE

por MARY BRIAN, WILLIAM HAINES,
JACK PICKFORD, ETC.

